

La carrera

Queridos amigos:

Cuando va pasando el tiempo y hemos vivido avatares, satisfacciones, aseguradas y satisfecha gran parte de nuestras necesidades, evocamos otras épocas y con cariño ciertas tradiciones.

Nuestro pequeño pueblo no celebraba grandes eventos porque no disponía de población ni de infraestructuras. Si disponía de tradiciones relacionadas con cada fecha y época del año, como los pueblos vecinos pero características y que los naturales de Palencia de Negrilla sentíamos como nuestras. Así por ejemplo, cada pueblo tiene su Patron/Patrona y su fiesta, todas parecidas, pero diferentes y las nuestras las sentimos como propias. Forman parte de nosotros, como lo forman las calles, las charcas, los caminos de nuestra querida Palencia.

Entre otras tradiciones, quizás influenciado por las fechas, quiero recordar nuestra Semana Santa:

Las ceremonias religiosas son similares en toda la Iglesia Católica, pero si observamos las tradiciones, la mas característica de nuestro pueblo es *La carrera*, no es exclusivamente nuestra, la compartimos muy gustosos con nuestros vecinos de Negrilla de Palencia. No es frecuente un intercambio de procesiones entre parroquias vecinas.

La carrera, que en sí, es una procesión religiosa que celebramos en la mañana del Viernes Santo desde nuestra iglesia a la iglesia del pueblo vecino, pudiéramos decir que era como una ilusión. Chicos, grandes, hombres y mujeres nos poníamos “guapos” de tiros largos, para ir hasta Negrilla. no era lo más importante la connotación demasiado religiosa, aunque sin embargo es un acto religioso, ya que somos como somos y los naturales de esta tierra no nos caracterizamos por ser muy de promesas, ni hacemos alardes estentóreos de nuestra fe, simplemente cuando hay que estar, estamos.

En los portales de nuestra Iglesia, antes de iniciarse la procesión se subastaban los brazos de las andas y los Cristos, cuyas pujas no eran ni

excesivas ni cuantiosas y una vez rematados, comenzaba la procesión. Antes que las imágenes salieran a la calle, los hombres, rompían a cantar unos bellos versos del romance La Pasión de Cristo de Lope de Vega. Se dividían de “persé” en dos grupos y cada uno de ellos, entonaba una estrofa.

Había un ensayo dentro de nuestra querida Iglesia la noche del Jueves Santo. Pero sin duda, la “faena grande” se lucía la mañana del Viernes Santo.

Ni que decid tiene, que entre ambos grupos había su “pique” y era un honor no perderse en las numerosas estrofas, muchos hombres consultaban sus cuadernos con los versos. Algunas personas, los sabían de memoria.

Un emocionante y emotivo momento era la entrada en la Iglesia de Negrilla ya que por su estructura y bóveda, está muy adecuada para la sonoridad del canto. A esto hay que sumarle el que queramos o no y sin animo peyorativo, el canto de los hombres es como mas solemne, más de fuerza, y como quiera que en los actos religiosos los cánticos los protagonizan las mujeres, cuando cantaban los hombres, daban una gran solemnidad al acto. (era bonito contemplar a aquellos hombres, organizados en dos grupos, respondiéndose unos a otros en sana competencia melódica)

En La carrera, tras las imágenes, caminaba en procesión el Sr. Cura, las mujeres, los mayores y las jóvenes que también entonaban sus propios cantos. A medio camino nos cruzábamos con las personas de Negrilla que hacían el recorrido inverso. Quiero recordar que al iniciarse la procesión y como momento de la salida se daba una campanada para que la oyeran en Negrilla y ellos a la vez partieran también en procesión. Lo de la campanada era curioso, ya que de pequeños nos “decían” que los día de Semana Santa, estaba prohibido tocar las campanas y así era, ya que los toques a los oficios se daban con las carracas, (llamadas también matracas en otros lugares).

En recuerdo a que los versos no se pierdan, navegando en Internet, he conseguido recuperarlos y los cuelgo a continuación, con la ilusión de que alguna otra persona que recuerde esta tradición, vuelque en la pagina, (aprovechando la oportunidad que la tecnología nos proporciona) apuntes que nos recuerde detalles y pormenores de ésta y otras queridas y olvidadas tradiciones.



Foto retrospectiva correspondiente a la Carrera de Semana Santa de 2002 (Autor Marcelino)

Lope de Vega

Rimas Sacras

*Donde se recita la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo,
de los muchos tormentos que pasáre para nuestro bien.*

*Y también de la Soledad de
María Santísima su vendita*

*Madre y de todos los sufrimientos
que ella padeció en esos momentos.*

ROMANCE I

Al despedimiento de Cristo y de la Virgen.

Los dos más dulces esposos,
los dos más tiernos amantes,
los mejores madre é, hijo,
que son Jesús y su madre.

Tiernamente se despiden,
tanto que en solo mirarse,
parece que entre los dos
se está repartiendo el Cáliz.

Hijo, le dice la Virgen,
¡ay si pudiera escusarte
esta llorosa partida,
que las entrañas me parte!

A morir vais, Hijo mío,
por el hombre que criasteis
que ofensas hechas á Dios
solo Dios las satisface.

¿No se dirá por el hombre,
quién tal hace que tal pague,
pues que vos pagáis por Él
al precio de vuestra sangre?

Dejadme, dulce Jesús,
que mil veces os abrace
porque me deis fortaleza
que á tantos dolores baste.

Para llevaros á Egipto
hubo quien me acompañase,
más para quedar sin vos,
¿quien dejáis que me acompañe?

Aunque un ángel me dejaseis
no es posible consolarme,

qué ausencia de un Hijo Dios
no puede suplir un ángel.

Siento yo vuestros azotes
porque vuestra tierna carne
como es hecha de la mía,
hace también que la alcance.

Vuestra cruz llevo en los hombros
y no hay que pasar delante
que si los vuestros aliento,
aunque soy vuestra soy madre.

Mirando Cristo á María
las lágrimas venerables,
á la Emperatriz del Cielo
responde palabras tales.

Dulcísima madre mía,
vos y yo dolor tan grande,
dos veces le padecemos
pues le padecemos antes.

Con vos quedo aunque me voy,
que no es posible apartarse
por muerte ni por ausencia
tan verdaderos amantes.

Yo siento más que mi muerte
el ver que el dolor os mate,
que el sentirlo y padecerlo
en mi son penas iguales.

Madre, yo voy á morir,
porque ya mi eterno Padre
tiene dada la sentencia
contra mi que soy su imagen.

Por el más errado esclavo
que ha visto el mundo ni cabe,
quiere que muera su hijo,
obedecerlo es amarle.

Para morir he nacido

él ordenó que bajase
de sus entrañas paternas
á las vuestras virginales.

Con humildad y obediencia
hasta la muerte ha de hallarme;
la Cruz me espera, Señora,
consuélelos Dios, abrazadme.

Contempla á Cristo y María
alma en todas soledades,
que ella se queda sin hijo,
y que él sin madre se parte.

Llega y dila, Virgen pura,
¿queréis que yo os acompañe?
que si te quedas con ella
el cielo puede envidiarte.

ROMANCE II

A la oración del huerto.

Hincado está de rodillas
orando á su Padre inmenso,
el que á la diestra sentado
juzgará vivos y muertos.

Como ha de morir en monte
en el monte está el cordero,
para ver, pues vió la Hostia
y el Cáliz donde le ha puesto.

A las palabras que dice
las peñas se enternecieron,
que apenas de Dios las peñas
saben hacer sentimiento.

De ver á Dios de rodillas
se está deshaciendo el cielo,
aunque los rayos del Padre
se alegran de verle en medio.

¡ dice Dios que su alma
tristeza está padeciendo
¿cómo ha de haber cosa alegre
ni en la tierra ni en el cielo?

Que para verificarse
que era hombre verdadero,
fué menester que su carne
tuviese la muerte en medio.

Al fervor de la oración
sudó sangre todo el cuerpo,
y sus delicados poros
quedaron todos abiertos.

Aquel bálsamo precioso
cogió la tierra en su seno,
que como es madre del hombre

quiere guardar su remedio.

Echóse en la tierra Cristo
dejando su rostro impreso,
que es de amantes dar retratos
cuando se están despidiendo.

Al padre vuelve la espalda
para que en sus hombros tiernos
dén los rayos de su ira,
no al suelo que está cubierto.

En fin, volviendo la cara
de su mismo padre espejo,
movió al Cielo con la voz
á lástima y á silencio.

Pase este cáliz de mi,
si es posible padre eterno;
más no se haga mi gusto,
tu voluntad obedezco.

Crecieron tanto las ansias
que fue menester que luego,
rompiendo un ángel los aires
bajase á darle consuelo.

¡Ay Jesús de mis entrañas!
¿Cómo habéis venido á tiempo
que os consuelen siendo Dios,
las criaturas que has hecho?.

¿Adónde estáis, Virgen pura,
que á falta vuestra los Cielos
un ángel a Cristo envían?
llegad, consoladle presto.

Decidle: dulce hijo mío,
cuando ayunaste vinieron
mil ángeles á esforzaros
con soberano sustento.

Cuando naciste bajaron
dos mil ejércitos bellos,

y cuando vais á morir
uno solo viene á veros.

Limpiadle Virgen piadosa,
la sangre con los cabellos,
y pues le deja su padre
vea á su madre á lo menos.

Id vos con ella, alma mía,
entrad con ella en el huerto,
no sospechen que os quedáis
con el que viene á prenderlo.

Decidle: dulce Jesús,
aquí estoy al lado vuestro,
para padecer por vos,
no para negaros luego.

Vámonos presos los dos
pues vais por mi culpa preso,
cinco mil son los azotes,
muchos son, partir podemos.

ROMANCE III

A los azotes que dieron á Cristo nuestro Señor.

Mira Juan por la ventana
de la casa de aquel juez,
puesto en la columna Cristo,
su maestro y nuestro bien.

Las manos que el Cielo hicieron
atadas con un cordel,
una aldaba de hierro
que yerro del hombre fue.

Y porque á las espaldas
el mármol no alcanza bien,
tiene los brazos cruzados
para que sin cruz no esté.

Mira que vuelve el cordero
la piedra en jaspe después,
que con cinco mil azotes
le desollaron la piel.

que enternecido el mármol
cera se quiere volver,
pues es más blando que el hombre
estando Dios atado á el.

Razón el mármol tenía,
porque cuantos le ofendisteis,
mármoles sois en que azotan
a Cristo santo otra vez.

Viendo, pues, el sacerdote,
divino Melchisedec,
cubierto de cardenales
de la cabeza á los pies.

Con tierno llanto le dice
su secretario fiel:
¿qué es apuesto, Jesús mío?

¡ay de los ojos que os ven!

De azucena os habéis vuelto
tan despojado clavel,
que os valéis de ser Dios
para teneros en pié.

Pensé llamar á vuestra madre
más ¡ay Dios! como podré
dar á sus tiernas entrañas
un cuchillo tan cruel?.

Aunque de su fortaleza
no tengo yo que temer,
que si estáis vos en la columna
columna es ella también.

Porque vuestro Eterno Padre
con su divino poder,
de tales columnas hizo
las puertas de Ezequiel.

Que bien hicisteis Señor,
que fuese muerto José,
que con ser padre adoptivo
no hubiera fuerzas en él.

De veras en un pesebre
lloró de amor en Belén:
¿que hiciera si tal os viere
vuestros años treinta y tres?.

Gran maldad hizo el amigo
que cenó con vos ayer,
pues todo el valor del Cielo
dió por tan poco interés.

Los que ayudaron juraron
lo cumplen tan al revés,
que hasta los gallos que cantan
dicen que les falta fe.

Si en vuestro pecho dormí,
hacedme, Señor, merced,

que vele con el ahora
y me regale con él.

Esto dijo Cristo á Juan,
alma, llorad y tened
lástima de ver que azotan
por los esclavos al Rey.

ROMANCE IV.

A la corona de espinas.

Coronado está el Cordero,
no de perlas ni de zafiros,
ni de claveles ni flores,
sino de juncos marinos.

Su santísimo cerebro
le traspasan atrevidos,
frutos que nos dió la tierra
desde que Dios la maldijo.

Más lo que causa dolor
es ver que se hayan subido
desde las plantas de Adán
á la cabeza de Cristo.

De zarzas está cercado
aquel soberano trigo
que el espíritu de Dios,
sembró en el campo virgíneo.

Entre las espinas verdes,
para mayor sacrificio,
el cordero de Abraham
está esperando el cuchillo.

Y las hijas de Sión
al Rey Salomón han visto
en el día de sus bodas
coronado de jacintos.

¡Ay divino dios de amor!
cupido y harto escupido
de aquellas infames bocas
más fieras que basiliscos.

Venda os ponen por los ojos,
que quieren, Dios infinito
que seáis Jesús vendado,

pues fuisteis Jesús vendido.

Para daros golpes fieros
os cubren, porque imagino
que como sois tan hermoso
no se atreven sin cubriros.

Los hombres, Señor, os ciegan
que piensan que sus delitos
no veréis que siendo Dios
veis los pensamientos mismos.

Para daros bofetadas
el hombre os hace adivino
pues dicen que adivinéis
las manos que os han herido.

Yo he sido, dulce Jesús,
yo he sido dulce bien mío
el que en vos puso las manos,
con mis locos desaliños.

Yo soy por quien arrancaron
esos cabellos benditos,
que diera el cielo por ellos
todos sus diamantes ricos.

Si viera, dulce Jesús,
la Virgen, que cuando niño
los peinaba y regalaba,
¡arrancarlos y escupirlos!

Si ella viera maltratarlos
diera tan recios suspiros,
que los ángeles lloraran
y temblara el cielo mismo.

Una vez os vió la esposa
como las rosas y lirio,
á sus puertas como el alba
coronado de rocío.

Como me llamáis ahora
el alma que está en sus vicios

llena de sangre que corre
sobre esos ojos divinos?.

Mirad, alma, que le sacan
y qué dice el pueblo á gritos?.
Jesús muera, y Barrabás
viva en hurtos y homicidios.

No seáis tan dura y fiera
que entre tantos enemigos
pidáis que viva un ladrón,
y que den la muerte á Cristo.

ROMANCE V

Al Hecce - Homo.

El más lisonjero juez
que con su príncipe ha sido
por interés de su gracia
y por no perder su oficio.

En un balcón de su casa
azotado y escupido,
para que el pueblo le vea
puso al inocente Cristo.

Después de noche tan fiera
aparece el Sol teñido
de sangre, y en vez de rayos,
puntas de juncos marinos.

A las llagas de su cuerpo
pegado el rojo vestido,
que también se hiciera rojo
si fuera de blanco armiño.

Vis aquí, les dice el hombre,
á quien desde el cielo dijo
con su voz el Padre Eterno:
este es mi hijo querido.

Aquí te traigo enmendado,
¡oh que extraño desatino
querer enmendar á un Dios,
tan bueno y tan infinito!.

Quita, quita, le responden
viejos, ancianos y niños,
muera, muera, muerte infame,
pues hijo de Dios se hizo.

¡Ay Jesús! Hijo de Dios,
ese nombre y apellido
no le tenéis vos hurtado,

pues sois igual á Dios mismo.

Virgen santa; decid vos
lo que el ángel os ha dicho
de él, lo que los profetas
dijeron por tantos siglos.

Y que este preso azotado
es aquel que cuando niño,
le adoraron los tres Reyes,
y vos llevasteis á Egipto.

Abonadle, Virgen bella,
decid que de Dios es hijo,
que puesto que sois su madre
bien valéis para testigo.

Abonada sois, señora,
todo el bien de Dios os vino
bienaventurada os llaman
los que son, serán y han sido.

Decid vos que es el cordero
Bautista, aunque sois su primo,
que quien por verdades muere,
bien merece ser creído.

Decid, ángeles hermosos,
este es el mismo que vimos,
nacer de amor abrasado,
aunque temblando de frío.

Decid, Pedro, Juan y Diego,
que á su padre habéis oído,
que es su hijo en el Tabor,
si el miedo os deja decirlo.

Llegad presto que dan voces
en aquel falso concilio,
para que la vida muera
que es Dios sin fin ni principio.

¡Ay Virgen! mirad que quitan
á un fiero ladrón los grillos

y á Jesús ponen al cuello
la sogá de mis delitos.

Paréceme que decís,
gloria de los ojos míos,
más quiere el mundo á un ladrón
que á mi cordero divino.

Mientras le dan la sentencia
alma, con tristes suspiros,
decid á su Eterno Padre
que se duela de su hijo.

Señor, aquí está el esclavo,
que soy de la muerte digno,
pero está cerrado el cielo,
no querrá su padre oíros.

Volved á la Virgen sacra
y acompañad su martirio,
que también mata el dolor
donde no llega el cuchillo.

ROMANCE VI

Al llevar la Cruz á cuestas.

La leña del sacrificio
lleva el obediente Isaac,
aunque no ha de bajar ángel
á detener á Abraham.

Que el puro y manso Jesús,
que el Bautista en el Jordán
llamó cordero de Dios,
le quieren sacrificar.

El que entre Moisés y Elías
vieron Diego, Pedro y Juan
en la cumbre del Tabor
lleno de luz celestial.

Este mismo muere triste,
ni lejos de la Ciudad:
porque juzguen que es ladrón
entre los ladrones va.

U madero lleva al hombro
lugar en que ha de pisar
el solo racimo fértil
de aquella vid virginal.

En su delicado cuello
lleva el príncipe de paz,
de dos pesadas columnas
su imperio y cetro real.

Al son de trompetas tristes
pregones injustos dan: La carrera
esta es la justicia, dicen,
pero no dicen verdad.

Si esta es la envidia dijeran,
bien pudieran acertar;
más siempre se vale el mundo

de la disculpa de Adán.

Dicen que al César quitaba
la romana Majestad
para hacerse rey quien era
hijo de Dios natural.

Mucho le pesa la cruz,
los pecados mucho más,
con ellos ha dado en tierra,
pues no les puede llevar.

Llevadlos, Jesús querido,
que si vos no los lleváis,
esclavos seremos todos
del tirano Leviatán.

Cayó Cristo y por la frente
con golpe tan desigual
se le entraron las espinas
que le faltaban de entrar.

Cegole el golpe los ojos,
si el sol se puede cegar,
la boca de sangre llena
su estampa en un pedernal.

Suspira el manso cordero
y ayuda pidiendo está,
y á palos, golpes y coces,
le vuelven á levantar.

Como tiraban la soga
volviendo el cuerpo hacia atrás,
miro al cielo enternecido,
pero violó sin piedad.

¡Ah virginales entrañas!
los pasos apresurad
con angélico decoro
si le queréis consolar.

Para conocer su rostro
desfigurado y mortal,

la imagen del Padre Eterno
con vuestras tocas limpiad.

Abrazadle, Virgen santa,
por que si vos le abrazáis,
al regazo de esos pechos
consuelo suyo tendrá.

Más él descomedimiento
de esa gente desleal
atropellará furiosa
vuestra santa honestidad.

Mejor es, alma, que vos
con vuestra cruz le sigáis,
por que quien tras él la lleva
ese le viene á ayudar.

Que si de vuestros pecados
el peso á la cruz quitáis,
haréis que pese menos
y Cristo camine más.

ROMANCE VII

Al desnudarle la túnica.

En tanto que el hoyo cavan
adonde la cruz asienten,
en que el cordero levantan,
figurado por la sierpe.

Aquella ropa inconsútil
que de Nazareth ausente,
labró la hermosa María,
después de su parto alegre.

De sus delicadas carnes
quitan con manos alevés
los camareros que tuvo
Cristo al tiempo de su muerte.

No bajan á desnudarle
los espíritus celestes,
sinó soldados que luego
sobre su ropa echan suertes.

Quitáronle la corona
y se abrieron tantas fuentes,
que todo el rostro divino
cubrió la sangre que vierten.

Al despegarle la ropa
las heridas reverdecen,
pedazos de carne y sangre
salieron entre los pliegues.

Alma pegada en tus vicios,
si no pueden ó no quieres
despegarte en tus costumbres,
piensa en esta ropa si puedes.

A la sangrienta cabeza,
la dura corona vuelven,
que para mayor dolor

le coronaron dos veces.

Asió la soga un soldado
tirando á Cristo, de suerte
que donde vá por su gusto,
quieren que por fuerza llegue.

Dio Cristo en la cruz de ojos
arrojado de las gentes,
que primero que le abrace
quieren también que la bese.

Qué cama os está esperando
mi Jesús, bien de mis bienes,
para que el cuerpo cansado
siquiera á morir se acueste.

¡Oh qué almohadas de rosas
las espinas os prometen!
¡qué corredores dorados
los de esos falsos cordeles!.

Dormid en ella, mi amor,
para que el hombre despierte,
aunque más dura se os haga
que en Belén entre la nieve.

Que en fin, aquella tendría
abrigo de las paredes;
las tocas de vuestra madre
y el heno de aquellos bueyes.

¡Que vergüenza le daría
al cordero santo el verse
siendo tan honesto y casto
desnudo entre tanta gente!

¡Ah divina madre suya!
si ahora llegáis á verle,
en tan terrible estado
¿quién ha de haber que os consuele?

Mirad Reina de los cielos,
si el mismo señor es éste,

cuyas carnes parecían
de azucenas y claveles.

¡Más ay madre de piedad!
que sobre la cruz le tienden
para tomar la medida,
por donde los clavos entren.

¡Oh terrible desatino!
medir al inmenso quieren
pero bien cabrá en la cruz
el que cupo en un pesebre.

Ya Jesús está de espaldas
y tantas penas padece,
que con ser la cruz tan dura
ya por descanso la tiene.

Alma de pérfido mármol,
mientras en tus vicios duermes,
dura cama tiene Cristo:
¿no te despierta la muerte?

ROMANCE VIII

Al levantarle en la Cruz.

Vuestro esposo está en la cama,
alma, siendo vos la enferma.
pasemos á visitarle,
que dulcemente se aqueja.

En la cruz está Jesús,
á donde dormir espera
el postrer sueño por vos,
bien será que estéis despierta.

Llegad y miradle echado,
enjugadle la cabeza,
que el rocío de la noche
le ha dado sangre por perlas.

¿Más cómo podré dormir,
si ya la mano siniestra
la clava un fiero verdugo,
nervios y ternillas suenan?

oned, alma, el corazón,
si llegar á Cristo os dejan,
entre la cruz y la mano
porque os claven con ella.

Más hay Dios que ya le tiran
de la mano que no llega,
al barreno que á la cruz
hicieron las suyas fieras.

Con una soga doblada
atan la mano siniestra
del que á desatar venia
tantos esclavos con ella.

De sus delicados brazos
tiran juntos con tal fuerza,
que todas las coyunturas

las desencajan y quiebran.

Alma, lleguemos ahora,
en coyuntura tan buena
que no la hallaréis mejor
aunque está Cristo sin ella.

Clavan la siniestra mano
haciendo tal resistencia
el hierro, alzando el martillo
que parece que pesa.

Los divinos pies traspasan
y cuando el verdugo yerra
de dar en el clavo el golpe,
en la carne santa acierta.

Por los pies y por las manos
de Jesús los clavos entran,
más á la Virgen María
el corazón la atraviesan.

No dan golpe los martillos
que en las entrañas no sea
de quien fué la carne y sangre
que vierten y que atormentan.

A Cristo en la cruz enclavan
con puntas de hierro fieras,
y á María crucifican
el alma clavos de penas.

Al levantar con mil gritos
la soberana bandera
con el cordero por arma,
imagen de su inocencia.

Cayó la viga en el hoyo,
y al punto que tocó en tierra,
desgarrándose las manos
dio en el pecho la cabeza.

Saltó de golpe la sangre
dando color á las piedras,

que pues no la tiene el hombre,
bien es, que tenga vergüenza.

Abriéronse muchas llagas,
que del aire estaban secas
y el inocente Jesús
de dolor los ojos cierra.

Pusieron á los dos lados
dos ladrones por afrenta
que á tanto llegó su envidia
que quieren que lo parezca.

Poned los ojos en Cristo,
alma este tiempo que os queda,
y con la Virgen María,
estad á su muerte atenta.

Decidle, dulce Jesús
vuestra cruz mi gloria sea
ánimo á morir, Señor,
para daros vida eterna.

ROMANCE IX

A Cristo en la Cruz y las siete palabras.

¿Quién es aquel caballero
herido por tantas partes,
que está de morir tan cerca
y no le conoce nadie?

Jesús Nazareno dice
aquel rótulo notable;
!ay Dios, que nombre tan dulce
no merece muerte infame!

Después del nombre y la patria,
rey dice más adelante;
pues si es rey ¿cómo de espigas
han osado coronarle?

Dos cetros tiene en la mano
más nunca he visto que enclaven
á los reyes en los cetros
los vasallos desleales.

nos dicen que si es Dios
de la cruz descienda y baje,
y otros que salvando á muchos
á si no puede salvarse.

De luto se cubre el cielo
y el sol de sangriento esmalte,
ó padece Dios, ó el mundo
se disuelve ó se deshace.

Al pié de la cruz, María
está con dolor constante,
mirando al sol que se pone
entre arreboles de sangre.

Con ella su amado primo,
haciendo sus ojos mares,
Cristo los pone en los dos,

más tierno porque se aparte.

¡Oh lo que sientes los tres!
Juan como primo y amante;
como madre la de Dios,
que lo de Dios, Dios lo sabe.

Alma, mira la de Cristo
para pedir por su madre,
viendo que á su madre deja,
la dice palabras tales:

Mujer, ves ahí á tu hijo,
y á Juan, ves ahí á tu madre;
Juan queda en lugar de Cristo,
¡hay Dios, que favor tan grande!

Viendo, pues, Jesús, que todo
ya comenzaba á acabarse,
sed tengo, dijo á los hombres,
sed de que el hombre se salve.

Corrió un hombre y puso luego
á sus labios celestiales,
con una caña una esponja
llena de hiel y vinagre.

En la boca de Jesús
pones hiel, ¡hombre, qué haces!
mira que por ese cielo
de Dios las palabras salen.

Advierte que en ella puso
con sus pechos virginales
María su blanca leche,
mucho dulzura suave.

Alma, sus labios divinos,
cuando vamos á rogarle,
aunque con vinagre y hiel,
dan las respuestas suaves.

Llegad á la Virgen bella,
y decidla con el ángel:

ave, quita tu amargura,
pues de gracia sois el ave.

Sepa al fruto el vientre santo
y á la dulce palma el dátil,
el alma tiene á la puerta,
no tengan hiel los umbrales.

Y si dais leche á Bernardo,
porque su madre os alabe
mejor, Jesús lo mereces,
pues madre de Dios os hace.

Dulcísimo Cristo mío,
aunque esos daños se laven
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.

Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte
no os descendan de la cruz
sin hablarme y perdonarme.

ROMANCE X

Al buen ladrón.

Ángeles que estáis de guardia
en los presidios eternos
al arma al arma á la puerta,
que quieren robar el cielo.

Qué importa que de diamantes
os viese Juan, muros bellos,
si estando Cristo enclavado,
¿cómo podrá defenderos?

Si Cristo santo es la puerta,
ya la rompen los tres hierros
cuyas llaves sangre bañan
porque den vuelta más presto.

Acechando está un ladrón
por los mismos agujeros,
si á la casa del tesoro
de Dios puede darle un tiento.

Como de su Eterno Padre
es el escritorio el Verbo,
á donde guarda las joyas,
ganzúas de fe le han puesto.

Por las paredes humanas
que hizo de Dios el dedo
en el vientre de María,
escala pone á su pecho.

Por la humanidad de Cristo
entra á Dios el ladrón diestro,
pero llegando con fé,
dicen que no es sacrilegio.

Robar quiere la custodia
de su mayor Sacramento
con ver la hostia en el cáliz

y el cáliz de sangre lleno.

No lleno, aunque lo parece
que todo se está vertiendo,
que anda revuelta la casa
cuando se muere su dueño.

¿Qué mucho que anden ladrones
si ha de ser Cristo en muriendo
ganancia de pescadores,
estando el río revuelto?.

Como se abrasa la casa,
y dice Dios, fuego, fuego,
todas las joyas arroja
por las ventanas el Verbo.

No le defienda María,
que también su pecho tierno
está clavado en Jesús
aunque se le arranque el pecho.

Como se le muere el hijo,
no tiene la hacienda dueño,
que desde que le parió,
la cuesta tantos tormentos.

Tampoco Juan le defiende
que quien se durmió en su pecho
mal podrá guardar tesoros
que no se guardan durmiendo.

Pero ya el ladrón famoso
como otros muchos han hecho,
quiere acabar predicando
al que está con él diciendo:

Ese padece sin culpa,
los culpados padecemos,
Jesús , hijo de David,
de mi acuérdate en tu reino.

Conmigo responde Cristo,
estarás hoy, te prometo,

que como se ve que se parte,
hace barato del cielo.

Alma, llegad á la cruz
que está Cristo todo abierto,
liberal y manirroto,
como se le acaba el tiempo.

No os quedéis por vuestra culpa
sin los tesoros inmensos;
Dios lleva un ladrón consigo,
mirad cual anda el deseo.

Como todos le han dejado,
no se espanta el mundo de esto,
que hacer caso de ladrones,
es á falta de hombres buenos.

Ahora que el cielo roban
es buena ocasión entremos
que podrá ser que después
le pongan candados nuevos.

ROMANCE XI

Al espirar Cristo en la Cruz.

Desamparado de Dios
el hombre puesto en un palo,
el alma tiene Jesús
en sus santísimos labios.

A su Padre Eterno mira,
abriendo los ojos santos
que ya cerraba la muerte
atrevida el velo humano.

Con voz poderosa dice,
cielos y tierra temblando;
mi espíritu, Padre mío,
pongo en tus divinas manos.

Y bajando la cabeza
sobre el pecho levantado,
á la muerte dió licencia
para que flechase el arco.

spira el dulce Jesús,
y del sangriento costado
sale aquella alma obediente,
dejando el cuerpo entre clavos.

Desnudo, muerto y sin honra
mira el Padre Soberano
á su dulcísimo hijo
por un miserable esclavo.

No manda que de la cruz
ejércitos soberanos
le descendan y sepulten
en urnas de jaspe y mármol.

Manda al sol que se retire
y lo hicieron sin mandarlo,
por no ver desnudo á Cristo,
hecho á tormentos pedazos.

Que la tierra y mar se turben
y que los hombres ingratos
sepan que ha muerto por ellos
un hijo que quiere tanto.

Manda se vistan de luto
los celestes cortesanos,
y que se apaguen las luces
de estrellas, planetas y astros.

Rompióse el velo del templo,
cayeron los montes altos,
abriéronse los sepulcros
y hasta las piedras temblaron.

Más llamando encantamiento
el pueblo á tales milagros,
quebrarle quieren los huesos
que solo quedaban sanos.

Y como te hallaron muerto
por ir seguro, un soldado,
puso la lanza en ristre,
arremetiendo el caballo.

Abrió por el sumo pecho
tanta herida á Cristo santo,
que descubrió el corazón
como buen enamorado.

El corazón que los hombres
vieron en obras tan claro,
quiso también que se viese
dar agua de sangre falto.

Alma, á la Virgen María
considera en este paso,
que la traspasa el dolor,
si á Cristo el hierro inhumano.

¿Que queréis á un hombre muerto?
les diría el lirio casto:
más bien haréis, porque creo
que sois de Cristo el retrato.

Ya del nuevo Adán dormido,
y de su abierto costado
sale la iglesia su esposa
para bien de los cristianos.

Ya salen los sacramentos
del bautismo y del pan santo,
que como es honor de amor
dá el pan de Dios abrasado.

De la ventana del cielo
ha quitado Dios el arco,
para que los hombres vean
que no tienen más que darlos.

Pues dulcísimo Jesús,
si después de pies y manos
también dais el corazón,
¿quién podrá el suyo negaros?

ROMANCE XII

Al descendimiento de la Cruz.

Las entrañas de María
con nuevo dolor traspasan
los martirios que á Jesús
de la alta cruz desenclavan.

¿Quién dijera dulces prendas
para tanto bien halladas,
que para subir al cielo
no fuera menester escalas?

¿Más que mucho se alcance
a la cruz santa arrimada,
ni que echo pedazos venga
si el cielo y la tierra baja?

Ya no cae más sangre de él
porque si alguna quedara,
otra lanzada le dieran,
mas fué desengaño el agua.

unto al sangriento costado
fórmase una esponja helada,
devanando en sus espinas
aquella madeja santa.

Los clavos baja á la Virgen
Nicodemus, porque bajan
desde el cuerpo de su hijo
á crucificarla el alma.

Con trabajo y con dolor
José la corona saca
por estar en la cabeza
por tantas partes clavada.

A la Virgen la presenta
que las azucenas blancas
de sus manos vuelven rosas

y con su sangre las baña.

Ningún martillo de Cristo
sino la corona santa
tocó el cuerpo de la Virgen
hiriéndola por tomarla.

Sacan sangre las espinas
de sus manos delicadas,
que juntas con las de Cristo
para mil mundos bastara.

La cual pone en su cabeza
porque á su esposo le agrada,
que sea lirio entre espinas
aquella venda de grana.

Ahora hermosa María,
parecéis la verde zarza,
que aunque el fuego baje muerto
bien arde en vuestras entrañas.

Recíbidle, gran señora,
que de sangrienta cama,
Juan, Magdalena y José
á vuestros brazos le bajan.

Cuando niño estaba en ellos
haciendo y diciendo gracias,
que las del padre tenía
que fue su misma palabra.

Tomad esas manos frías
y diréis viendo las palmas,
que un hombre tan manirroto
es mucho lo que nos daba.

Tomad los pies y veréis
que bien el mundo le paga,
treinta y tres años que anduvo
solicitando su causa.

Poned en vuestro regazo
la cabeza soberana,

veréis que el esposo vuestro
ya no alegra y regala.

Y si el costado miráis
y aquella profunda llaga,
Dios os de paciencia Virgen,
porque consuelo no basta.

Alma por quien Dios ha muerto
y muerte tan afrentada,
mira á su madre divina
y dila con tristes ánsias:

Desnudo, roto y difunto
os le vuelven Virgen santa;
haciéndoos falta pañales,
mortaja muriendo os falta.

Pidámosla de limosna,
y entiérresele en pobres andas
la santa misericordia
pues ella misma le mata.

ROMANCE XIII

A la Soledad de nuestra Señora.

Sola con sola la Cruz
los ojos puestos en ella,
y en sus virginales manos,
clavos y espinas sangrientas.

Vueltos dos fuentes sus ojos
que derraman vivas perlas,
llorando muerta una vida
dice así una vida muerta.

¡Ay cruz! que en mi soledad,
como amiga verdadera
solo á la sola acompañas,
solo á la sola consuelas.

Dame tus dulces abrazos,
abraza esta Madre tierna,
porque á falta de mi hijo
los tuyos sólo suplieran.

Quiero abrazarte cruz mía,
¿pero qué sangre es aquesta?
que pues sin fuego hierve,
sin duda es la mía mesma.

!Ay sangre de mis entrañas
vertida por tantas puertas,
pues de mis venas saliste,
volverme á entrar en mis venas.

¡Ay sangre que vertió Dios!
¡ay sangre que Dios desea!
pues con esta sangre cobra
Dios de Dios todas las deudas.

Ay engañosa manzana!
ay mentirosa culebra!

ay enamorado Adán!
ay mal persuadida Eva!

Llevo aquel árbol vedado
fruta de culpas y penas
más vos cruz una granada
coronada y pechiabierta.

Como fue fruta de invierno
y cogida en una huerta,
colgarónla por el hombre
que trae la salud enferma.

Y á los dos nos disfrutaron
de la dulce fruta nuestra,
pues la llevamos los dos,
yo con dolor, tu con pena.

Vuelve en ti á crucificarme
no hayas miedo que lo sienta,
que mal sentiré sin alma,
pues el sepulcro me encierra.

La lanza que le hirió muerto,
a mi el alma me traspasa,
que estaba en su pecho el alma
por estar el mío sin ella.

Crucificadme de pechos
y no de espaldas, Cruz bella,
que pues las de Dios guardaste,
no es bien que yo te las vuelva.

Juntemos pechos y brazos
que juntos es bien se vean
brazos y pechos que á Dios
en vida y muerte sustentan.

A Dios tuviste en los brazos
atándole de manera
que pudo el ladrón del hombre
llegar á hurtar sus riquezas.

Cruz, teniendo á Dios en peso

en el mostraste tus fuerzas,
pues le hiciste dar de sí
cuanto pudo y cuanto era.

Contigo me crucifica,
y si por clavos lo dejas,
aquí están estos tres
que hasta el alma me atraviesan.

Cómo siendo arco de paz
para mí lo eres de guerra,
pues son de mi corazón
aquestos clavos las flechas.

¡Ay hijo que nunca entrasteis!
¿cómo con clavos os yerran?
fuese vuestra madre esclava
hieran á la madre vuestra.

¡Oh ensangrentadas espinas
que os subís á la cabeza,
á que mi flor encarnada
como rosa espina tenga!.

¡Ay dolorosos despojos
de la victoria sangrienta,
venid á ser haz de mirra
de mi pecho y mí paciencia!

Herid el pecho que os ama
y aquesta boca que os besa,
estos brazos y estos ojos,
dijo y quedose suspensa.

Con lágrimas acompaña,
alma á su Madre y tu reina,
que sola al pié de la Cruz
llora su muerte y su ausencia.

El templo rompe su velo,
la luna en sangre se anega,
gime el aire y brama el mar,
llora el sol, tiembla la tierra.

Ama, gime, tiembla y llora
que hasta las piedras te enseñan,
pues rompen sus corazones
cuando el tuyo se hace piedra.

Los muertos á quien dio vida
sienten su pasión acerba,
y tu que se la quitaste
no lo sientes ni lo piensas.

ROMANCE XIV

Al sepultar á Cristo.

En el doloroso entierro
de aquel justo ajusticiado,
que por culpas y no suyas,
quiso morir en un palo.

Las campanas clamorean
de los sensibles peñascos,
que es bien que las peñas hablen
en tan lastimoso caso.

Viste el Sol bayeta negra
y la Luna monjil basto,
capuces la tierra y cielo,
que son del muerto criados.

La noche colgó de luto
las paredes del Calvario,
y el templo pesar mostró,
sus vestiduras rasgando.

Las hachas son amarillas,
que los celestiales astros
como vieron su luz muerta
amarillos se tornaron.

De la caridad vinieron
á enterrarle los hermanos,
y las de la Vera-Cruz
con algunos del traspaso.

Angustias y soledad
al entierro acompañaron
que era su madre cofrada
y la primera que ha entrado.

No vino la Clerecía
que de doce convidados
uno solo se halla en él,

que era el del difunto amado.

Para amortajar el cuerpo
dio un piadoso cortesano,
de limosna una mortaja,
de su inocencia un retrato.

Hizo la madre el afeite
de sus ojos lastimados,
derramando agua bendita
el Pater-noster rezando.

Con olorosos unguentos
ungen el cuerpo llagado,
de los vasos de sus ojos
mirra amarga destilando.

Llevan al difunto Dios
en los dolorosos brazos,
con lamentables suspiros
tristes lágrimas llorando.

Llevan el sepulcro ajeno,
y fue pensamiento sabio,
que para solo tres días
basta un sepulcro prestado.

Abrió el sepulcro la boca
y recibió á Dios temblando,
que aún las piedras si comulgan,
han de temblar comulgando.

Alma, ven á las exequias
de Jesús enamorado,
que yace por tus amores
muerto, herido y desangrado.

Mira sin luz á la luz,
sin vida al que te la ha dado;
condenado el Salvador
para salvar al condenado.

Mira por ti á Jesús muerto
y que muerto y enclavado

te dice: ¡hay esposa mía!
aunque me has muerto te amo.

Ves aquestos rojos pies
y aquestas sangrientas manos,
mira este rostro escupido,
y este cabello arrancado.

Mira aquesta boca herida
y aqueste cuerpo azotado,
y esta cabeza sangrienta
y este pecho alanceado.

Entraré en esas heridas,
más ¡ay! que sangre brotando
cierta señal, alma mía,
que eres tu quien le ha dado.

Yo te perdono mi muerte
como llores tus pecados,
que estoy para perdonar
aunque muerto no cansado.

Cesen ya las sin razones,
alma, hasta lo pasado,
que será hacer de tus hierros
otra lanza y otros clavos.

Acábanse con mi muerte
tus culpas y mis agravios,
porque es ofender á un muerto
de corazones villanos.

De tus culpas y mis llagas
los dos quedaremos sanos,
sin derramar sobre ellas
mirra de dolor amargo.

Alma, mis heridas cura
con este bálsamo santo
y las tuyas que tu hiciste
las podrás curar llorando.

En el plato de tus ojos

me dé manjar de tu llanto,
y podrás decir que á un muerto
pudo dar vista este plato.

Amame tu como debes
y viviremos entrambos,
tu enterrándote conmigo
y yo en ti resucitando.

FIN